

de leyes? quién es el moderador de esta pequeña pero afortunada república? y ¿cuál es el astro luminoso que preside á esta morada deliciosa de la paz y de todas las virtudes? Pero ah! el Moises que dirige y da leyes á su pueblo, y el Salomon que pone orden y disposicion en su palacio es la beata Juana de Aza, quien subiendo al monte de la oracion, allá trata familiarmente con su Dios, recibe de él sus ordenanzas, escucha sus divinos mandamientos, y publica entre los resplandores de su rostro las tablas de su voluntad y querer. ¡Qué elevacion de espíritu! qué grandeza de alma! y qué concepto tan elevado no nos merecerá su santidad!

Porque con efecto, si de esta manera hermoseó Juana de Aza las obras exteriores del atrio del templo de su alma, ¿cuáles serian las bellezas y tesoros que adentro encerraria? Esforcémonos, Señores, á penetrar en su interior, descorramos el velo que cubre el santuario de su corazon, para admirar el trono majestuoso en que están sentadas las virtudes mas heroicas, la mas íntima union con su Dios, y la abundancia de dones y carismas que sobre ella derrama el Espíritu divino. ¡Qué fe tan viva! Qué firme esperanza! Qué ardiente caridad! Qué beneficencia tan generosa! Y qué humildad tan profunda! Se postra humilde ante el acatamiento del Señor: le adora y venera por la suma é infalible verdad: le sacrifica el orgullo y altivez del entendimiento; pues que ella sabe que tiene derecho para mandar y exigir nuestra sumision y fidelidad. Nunca pregunta los motivos de su voluntad divina, porque no ignora que el escudriñador de la Majestad será oprimido con el peso de su gloria. De aquí la reverencia y respeto con que pronunciaba el santo nombre del Señor. De aquí la devocion con que asistia al santo sacrificio de la misa. De aquí el fervor y ternura con que comulgaba. De aquí la atencion con que oía la divina palabra. De aquí la presencia continua y nunca interrumpida de Dios. Y de aquí finalmente aquellos deseos ardentísimos que inflamaban su pecho, de que la religion católica apostólica romana se estableciese en toda la redondez de la tierra. ¡Cómo levantaria sus manos al cielo para que un rayo de su luz iluminase á tantos infieles é idólatras! Cuántas veces pediria al Señor enviase obreros infatigables para el trabajo y cultivo de su viña! ¡Y cuántos gemidos y sollozos no le arrancaria la suerte malhadada de aquellos infelices, que abandonando el

camino de la verdad, se precipitan voluntariamente en las oscuras y densas tinieblas del error?

Pero ¿con qué confianza dirigia estas súplicas al Señor, y presentaba sus votos y deseos ante el trono de su divina Majestad? Persuadida de que el Señor no desecha jamas la obra de sus manos, y que exhorta á todos los que están trabajados á que acudan á él para su alivio y remedio; ¡cómo alimentaria su tierno y sencillo corazon! Dios está conmigo, diria; ¿y á quién temeré? El Señor se ha declarado en mi ayuda y favor; ¿quién me dañará? Él es mi sosten; ¿quién me derribará? Esta esperanza, Señor, esta confianza que tengo puesta en la he escondido en el seno de mi corazon; y no me la arrancarán todos los esfuerzos y astucias malignas del enemigo tentador. ¿Acaso mi debilidad, mi nada? Pero no es fuerte, Señor, vuestro brazo y obrador de prodigios? Acaso la fealdad de mi alma? Pero no habeis dicho, Señor, que convirtiéndose el etiope á vos, mudará su piel, y se emblanquecerá como la nieve? Acaso mis delitos, mis ingratitudes? Pero no habeis asegurado, Señor, que clamando á vos, las arrojaréis en el fondo del mar, para no acordaros de ellas jamas? Acaso mis pecados? Pero ¡ah Señor! ¿Por qué derramasteis toda vuestra preciosa sangre? para qué extendisteis esos divinos brazos en el madero de la cruz? y por qué abristeis esta llaga preciosa en vuestro costado? No; yo soy toda para vos: vos sois el alentador de mi confianza, y aun en mis postreros alientos sellarán mis labios estos sentimientos consoladores que vos mismo me habeis infundido.

¡Y con cuántos incendios de caridad acompañaba Juana de Aza estas generosas resoluciones de su corazon magnánimo! Deteneos aquí un instante, señores, y examinad de cerca este Etna, este volcan de amor. Ved si sus ardientes llamas encienden su pecho en fervorosos deseos de unirse á su Dios; y si derriten su alma en dulces y sabrosos coloquios con su amado. ¡Cómo se esforzaba para volar á su bien, á su todo! Cómo pregunta con la esposa de los Cantares á las centinelas de las puertas y á los guardadores de las viñas, si acaso han visto pasar al amado de su alma! Cómo le dice que ha herido su corazon con la flecha de sus cabellos! Su vida es ya vida de Jesucristo; y el soberano Redentor es quien vive en ella. Suspira con el Apóstol se rompan las ataduras con que su cuerpo tiene aprisionado al espíritu, para volar á la dulce posesion de su amado. ¡Cuán-

tos deliquios padecería su corazón! Oh! y qué dulcedumbre de amor sentiría su alma dichosa! Ya no puede vivir sino de amor; ya no puede pensar sino en amor; y ya no sabe hablar sino de amor. Amor de Jesús, caridad de Dios, ved ahí su pasión dominante; ved ahí el soplo que enciende el fuego de su corazón en ardientes llamas que la devoran, la consumen y la trasforman toda en su amado.

Pero sería hacer demasiado agravio á vuestra penetración, señores, si al momento no advertierais que esta caridad, que de tal manera inflamaba el pecho de Juana de Aza, no la separaba nunca del amor á sus semejantes. ¡Cuántas limosnas, cuántos socorros no dispensaban sus manos caritativas! La viuda, el anciano, el huérfano, el pupilo, el tullido y el enfermo hallaban en sus entrañas de compasión el consuelo y el remedio de sus males y aficciones! Con razón se cumplía en ella lo que de sí mismo dijo Job, que la conmiseración para con el pobre había nacido con ella desde el vientre de su madre. Apenas sabe la necesidad, cuando la remedia: apenas llega á sus oídos la miseria, cuando la socorre: apenas advierte la aficción, cuando la calma: y lo que es más, ella misma previene los ruegos, y anticipa y prodiga sus liberalidades en el seno mismo del dolor y de la desnudez. ¡Cómo agradecerían su beneficencia y ensalzarían su nombre aquellos menesterosos enfermos, á quienes su benéfico corazón repartió en ausencia de su esposo una cuba de vino generoso! Y cómo el cielo acredita luego este acto de beneficencia con prodigios y maravillas! Pues apenas la insinúa su esposo de vuelta de su viaje presente á sus compañeros una copa de este licor, cuando luego postrada ante el acatamiento del Señor le ofrece su angustiado corazón, le da voces para que se acuerde de sus misericordias: y ved ahí como de repente la consuela el Señor; se llena de nuevo la cuba de vino preciosísimo, y obra Juana en su palacio el famoso milagro que en Sarepta obró Elías en la casa de la piadosa viuda. ¡Cuán excelente y agradable sería su beneficencia, que el cielo así la premiaba? Con qué entusiasmo se celebraría en las congregaciones de los santos! Y qué honor y gloria para su virtud!

Y ¡cuánto más brillaría esta misma virtud en medio de su anonadamiento y abnegación de sí misma! De sangre nobilísima, de ilustre linaje, de famosos ascendientes, de célebres

progenitores, de esclarecida familia unida en parentesco con las más ilustres de España, y enlazada muchas veces con la de los reyes de Castilla, se reputa sin embargo por la más ruin y despreciable mujer de cuantas sustenta la tierra. No ve más títulos de su grandeza que los que penden del madero de la cruz. Los oprobios, las humillaciones, las afrentas y los insultos, frutos que brotan de este hermosísimo árbol de la vida, son los que ella apetece y ambiciona; son el blason de sus armas, y el único fundamento, pero sólido, de su nobleza y de su gloria.

Pero Señor, ¿acaso serán estos los únicos frutos que haréis producir á este fértil olivo, que con tanto cuidado plantasteis en el jardín de vuestra casa? No brotarán por ventura de sus raíces vástagos preciosos, que á su tiempo den sazónada y abundantísima cosecha? No fecundaréis á esta amable y virtuosa esposa, como en otro tiempo fecundasteis á las madres de Samuel y del Bautista? Oh! y qué dulces misericordias ofrece ahora á nuestra consideración esta época brillante de nuestra beata! Porque si los delitos de los hombres habían excedido en número á las arenas del mar; si toda carne había corrompido su camino, en frase de la Escritura; si se habían abandonado los mortales á los deseos depravados de su corazón; si la virtud casi había desaparecido de sobre la faz de la tierra, si los halagüeños pero funestos atractivos del vicio inficionaban todas las clases de la sociedad; si la honestidad y el pudor eran tenidos por mengua é infamia; si las máximas del Evangelio, si los ejercicios de piedad estaban casi enteramente olvidados; y si las voces de tantos desórdenes y delitos habían subido hasta los cielos; ¡oh Dios justo! y cómo se había encendido vuestra ira y furor! cómo se levantaba ya vuestro brazo todopoderoso para descargar el terrible golpe de vuestras venganzas! Pero ¡ó momento consolador! Aun se acordó el Señor de la perfección y santidad de su sierva y querida Juana de Aza; aun se agradó de la bondad y hermosura de esta bella y agraciada Ester; y no, no destruirá á su pueblo; no le herirá de muerte; sobre él no fijará el ojo de su ira é indignación: sino que renovará su antigua alianza, le enseñará otra vez su rostro apacible y consolador, y Juana de Aza será el canal por donde deramará de nuevo sus bondades y misericordias.

Iglesia santa, enjuga tus dolorosas y amargas lágrimas; ce-

sen tus gemidos y sollozos; el ay de tu dolor ha pasado ya. De Sion vendrá tu salud. Extiende tu vista hácia Caleruega, y allá en el seno de una noble matrona divisarás ya la brillante antorcha que iluminará á toda la tierra; el fuego devorador que abrasará á todo el mundo; y el mediador universal de todos tus males. De aquí te vendrá el profeta santo que anunciará los oráculos de las divinas verdades: el apóstol celoso que inflamará el pecho de todos los fieles, y el insigne patriarca que aumentará tu descendencia con un pueblo de santos. De aquí te vendrá la reforma de las costumbres, los dias de penitencia, el seguimiento de la virtud, el freno de la maldad, el imperio de la cruz y la práctica de las máximas y consejos evangélicos. De aquí te vendrá el esplendor del santuario, la santidad de tus ministros, la reedificación de tus templos, la majestad de tu culto, y aquellos dias felices de fervor y de gloria de los primitivos cristianos. De aquí te vendrá santo Domingo de Guzman, fundador del orden de Predicadores.

Sí, Domingo de Guzman, este precioso fruto de las entrañas de la beata Juana de Aza; este mismo cuyo celo y caridad le habia anunciado de antemano el Señor, mostrándole un cachorrillo salido de su vientre, que con una hacha encendida iluminaba y pegaba fuego á todo el mundo; este mismo cuya pureza y santidad le habia asegurado el santo abad de Silos, llamándole varon celosísimo de la honra de Dios, de grande utilidad á la iglesia, de extraordinario talento, y muy raro en virtudes; este mismo cuya fama y nombradía se la señalaba el cielo con una brillante estrella, que cuando niño vió resplandecer en su hermosa frente; este mismo cuyo mérito y servicios en la casa de Dios se los profetizó en el santo sacrificio de la misa un venerable sacerdote, con aquellas memorables palabras dirigidas al tierno infante que tenia entónces nuestra beata en sus brazos: Hé aquí al reformador de la iglesia, hé aquí su reparador; este mismo... ¿Y no he dicho con esto un río caudaloso de bienes que se derramó sobre las campiñas de la iglesia? ¿no he dicho el enjugador de sus lágrimas? el sostenedor de sus derechos? el restaurador de su disciplina? y ¿no he formado tambien el elogio mas completo de la beata Juana de Aza, por ser su digna madre?

Oh! y cuán excelentes y copiosos frutos produjo entónces por medio de Domingo la beata Juana, y ha producido des-

pues, y producirá hasta la consumacion de los siglos! Fruto suyo es, porque lo es de su hijo Domingo, esa órden célebre de predicadores, princesa y capitana del pueblo de Dios, como la llama Gregorio IX. Universidad de maestros y cielo de justos, segun Juan XXII. Guardia de la iglesia, su brazo derecho, y la espada que defiende su paraíso, segun Pio V, Paulo V y Bonifacio VIII. Llave maestra que abre las puertas á la fe, segun Sixto IV. Seminario de letras, y casa de armas con que se defienden los cristianos, segun Paulo III. Y la primera entre las mendicantes y la mas excelsa entre todas las del mundo, segun Sixto V. Fruto suyo es, porque lo es de su hijo Domingo, la institucion y propagacion del santísimo Rosario en honor de la Virgen inmaculada, que ha iluminado á tantos infieles, reducido á tantos herejes, convertido á tantos pecadores, enfervorizado á tantos justos, y que ha llenado de bienes á toda la iglesia. Institucion que fué la devocion favorita de los Carlos Borromeos, Felipes Neris, Ignacios de Loyola y Teresas de Jesus: institucion con que famosos reyes católicos, célebres capitanes han alcanzado señaladas victorias contra los enemigos del nombre cristiano. Frutos suyos son, porque lo son de su hijo Domingo, tantos ejemplares de santidad que veneramos en los altares; tantos atletas de la religion que derramaron su sangre en testimonio de su fe; y tantos varones y vírgenes santas, que renunciando al mundo, se sepultaron en los claustros y desiertos. Frutos suyos son, porque lo son de su hijo Domingo, esas dilatadas misiones á las Américas, á la China, al Japon, á la Tartaria, á la Armenia y á todas las partes conocidas del globo; esos penosos y largos viajes apostólicos sostenidos con sufrimiento y constancia heróica; y esas conquistas espirituales y abundantísimas mieses recogidas en los graneros del Señor. Frutos suyos son, porque lo son de su hijo Domingo, esas luces brillantes de sabiduría difundida en infinitos libros, obras maestras del saber; admirada en tantas cátedras de universidades famosas, y celebrada en tantos púlpitos, acompañada siempre de la elocuencia mas sublime y eficaz. Frutos suyos son, porque lo son de su hijo Domingo, ese esplendor y brillantez de la cátedra de san Pedro; esas virtudes apostólicas que resplandecen en tantas sillas episcopales; y ese fiel y cumplido desempeño de los encargos y dignidades mas excelsas de la iglesia y del estado. Y porque no me es dado de-

cirlo todo, frutos son finalmente de Juana de Aza, porque lo son de su hijo Domingo, los soberbios despojos ganados en campo de batalla á los enemigos de la fe; los gloriosos laureles que ciñen la frente de sus defensores; y el arco triunfal que en todas partes han levantado los dominicos á la religion de Jesucristo.

Oh! y cómo se levantarán entónces, ó beata madre, tus hijos y los hijos de tus hijos, para aclamarte en gran manera afortunada y dichosísima. Se levantarán los Antonios y Mamertos, frutos primeros de bendicion que te concedió el Señor; y se levantará tu Domingo, Benjamin querido de tu alma, para aumentar con el esplendor de sus virtudes el brillo de tu gloria. Se levantarán un Tomas de Aquino, Vicente Ferrer, Luis Beltran, una Catalina de Sena, una Rosa de Lima; y por decirlo en compendio, se levantarán 390 santos para decirte ufanos tus loores y alabanzas. Se levantará un Pedro de Verona seguido de un ejército innumerable de mártires, que con las palmas en las manos entónarán en tu honor los cánticos de sus triunfos. Se levantarán cuatro sumos pontífices, setenta y cuatro cardenales y un sin número de patriarcas, arzobispos y obispos, para engrandecer á la faz de la iglesia la magnificencia de tu nombre. Se levantarán ocho mil escritores para pregonar la fama de tus virtudes y el ensalzamiento de tu santidad. Y te levantarás tú tambien, pueblo devoto, para tributarle tus obsequios y homenajes.

Yo te saludo, ó religion dominicana, en este dia de tus gozos y satisfacciones. El Señor te ha colmado de sus bendiciones divinas; y ha ensalzado tu nombre, ya sobre manera grande, de un modo extraordinario y maravilloso. Las gentes te acatarán; y el pueblo fiel celebrará con entusiasmo tus honores y grandezas.

A ti sea dada la gloria inmortal, ó ilustre Juana de Aza, por los abundantes y preciosos frutos de tu justicia y santidad con que hermoaste los campos de la iglesia. Que tu nombre sea pronunciado con respeto en toda la redondez de la tierra; tu memoria recordada entre aplausos y bendiciones, y tu santidad venerada por todos los hijos de la iglesia católica. Desde la mansion celestial que habitas míranos con ojos de compasion; interpon tus ruegos y valimiento, para que el Señor colme de prosperidades y defienda de sus enemigos al pontífice sumo; y

á todos nosotros nos dé sus divinas gracias para hacer frutos dignos de penitencia; y para que arreglada de esta manera nuestra conducta á las máximas de su Evangelio, merezcamos despues de nuestra muerte cantarle en su compañía sus divinas y eternas alabanzas. Amen.